

apenas hay hombre ni mujer que no hablen francés y español, y que muchísimos hablan italiano. Esto, que aun dicho en sus tiempos era quizá una exajeracion, seria, dicho hoy, una fábula; sin embargo, es cierto que entre los habitantes de la campiña zelandesa hay una cultura intelectual extraordinaria, superior á la de los aldeanos belgas, franceses y alemanes, y á la de otras muchas provincias de Holanda.

El barco dió vuelta á la isla de San Philipsland y nos encontramos fuera de Zelanda.

Esta provincia, misteriosa antes de que entrásemos en ella, nos pareció aún más misteriosa cuando salimos. La habíamos atravesado y no la habíamos visto; entramos y salimos con la misma curiosidad. La única cosa que vimos es que la Zelanda es una provincia que no se ve. Se engañaria, sin embargo, el que creyera que es un país misterioso por el solo motivo de estar escondido. Todo es misterio en Zelanda. Antes de todo, ¿cómo se formó? ¿Era un grupo de islotes de aluvion, separados por canales y deshabitado, que como algunos creen, se reunieron y formaron islas mayores, ó era, como otros creen, tierra firme cuando el Escalda iba á desaguar en el Mosa? Pero, dejando á un lado su origen, ¿en qué otro país del mundo suceden las cosas que suceden en Zelanda? ¿En qué país cogen los pescadores en las redes una sirena, y su marido, despues de haberla pedido en vano,

llorando, arroja para vengarse un puñado de arena, profetizando que aquella arena cegará los puertos de las ciudades, y la profecía se cumple? ¿En qué país, como en las riberas de la isla de Walcheren, las almas de los muertos, perdidas en el mar, van á despertar á los pescadores para que las lleven en sus barcas á las costas de Inglaterra? ¿En qué país las tempestades del mar llevan, como llevan á las riberas de la isla de Schouwen cadáveres arrebatados al polo, mónstruos mitad hombres y mitad barcas, mómias vestidas de un tronco de árbol que nada, uno de los cuales puede verse todavia en la casa de ayuntamiento de Zierikzee? ¿En qué país, como cerca de Wemeldinge, sucede que un hombre cae á un canal de cabeza, está sumergido una hora, ve á su mujer y á su hijo muertos, que lo llaman desde el paraíso, es sacado vivo del agua, y cuenta el milagro á Victor Hugo, que lo tiene por verdadero y lo comenta, sacando en consecuencia que el alma puede salir algun tiempo del cuerpo y volver á él despues? ¿En qué país, como junto á Domburg, se pescan en la baja mar templos antiguos y estátuas de divinidades desconocidas? ¿En qué país, como en Wemeldinge, la espada del capitán español Mondragon, sirve de para-rayos á una torre? ¿En qué país, como en la isla de Schouwen, se pasea á las mujeres infieles, desnudas como su madre las parió, por las calles de la ciudad con dos piedras colgadas

al cuello y un cilindro de hierro en la cabeza? Vamos, esta última maravilla ya no se ve; pero las piedras existen todavía y cualquiera puede verlas en la casa consistorial de Brauwershaven.

Entramos en la parte meridional del Mosa, llamada Volkerak; la escena era siempre la misma; diques y más diques, puntas de campanarios y casas escondidas y algún que otro barco; solo una cosa había cambiado, el cielo.

Entonces ví por primera vez el cielo holandés en su aspecto ordinario, y asistí á una de esas batallas de luz, propias de los Países-Bajos, que los grandes paisajistas de Holanda retrataron con insuperable éxito. Hasta entonces el cielo había estado sereno, era un hermoso día de verano, las aguas azules, las orillas muy verdes y no corría un soplo de viento. De pronto, una densa nube escondió el sol, y en ménos tiempo del que se tarda en decirlo, todo cambió de aspecto; de modo que hacia creer que de repente se había cambiado de hora, de estación y de latitud. Las aguas se ennegrecieron, palideció el verdor de las orillas, el horizonte se escondió detrás de un velo gris, todo aparecía como bañado por una luz crepuscular que sombreaba los contornos, y se levantó una maldita brisa que nos enfriaba hasta los huesos. Parecía que estábamos en Diciembre, se sentía la llegada del invierno, y la inquietud que produce en el corazón cualquier amenaza de la Naturale-

za. Después, de todo el círculo del horizonte comenzaron á subir nubes color de plomo, movilísimas, que parecían buscar con una especie de penosa impaciencia una dirección y una forma, y las aguas á encrespase y á verse en ellas listas de rápidos reflejos luminosos y fajas verdosas, violáceas, blancuzcas, color de creta y negruzcas; y por fin, aquella irritación de la Naturaleza, se resolvió en una lluvia violenta y espesa, que confundió el cielo, la tierra y el agua en un solo color grisáceo, apenas variado por una tinta un poco más oscura de las lejanas orillas ó de algún buque de vela que aparecía por una ú otra parte como una sombra erguida sobre las aguas del río.

«Hémos aquí verdaderamente en Holanda, dijo el capitán del buque acercándose á un grupo de pasajeros que contemplaban aquel espectáculo. Estas mutaciones de escena, en tan breve tiempo, no se ven más que aquí.»

Después, preguntado por uno de nosotros, añadió:

«Holanda tiene una meteorología enteramente suya. El invierno es largo, el verano corto, la primavera no es más que el fin del invierno, y sin embargo, como ven, aun en verano asoma el invierno la cabeza de vez en cuando. Nosotros solemos decir que en Holanda se ven las cuatro estaciones en un día. Tenemos el cielo más inconstante del mundo. Por eso hablamos siempre del tiem-

po. La atmósfera es el espectáculo que tenemos. Si queremos ver algo que nos divierta, tenemos que mirar arriba. Pero es un clima bien triste. El mar nos envía la lluvia de tres partes; los vientos se desencadenan sobre el país sin hallar resistencia; aun en los días más hermosos, la tierra exhala vapores que oscurecen el horizonte; durante algunos meses, el aire no tiene transparencia. Ya verán el invierno; algunos días se diría que no se volverá á ver el tiempo sereno; la oscuridad parece que viene de lo alto como la luz; el viento Nordeste nos trae el aire helado de los polos y alborota el mar con una fúria y un ruido que parece que vá á deshacer las costas." Entonces se volvió hácia mí, y dijo sonriendo: "Se debe estar mejor en Italia."

Luego volvió á ponerse sério y añadió: "Pero en todos los países hay bueno y malo."

El buque salió del Volkerak, pasó delante del fuerte de Villemstad, construido en 1583 por el príncipe de Orange, y entró en el Hollandsdiep, gran brazo del Mosa, que separa la Holanda meridional del Brabante del Norte. Una gran extensión de agua, dos fajas negras á derecha é izquierda y un cielo color de ceniza era todo lo que se veía. Una señora francesa exclamó en medio del silencio general, dando un bostezo:

"¡Qué hermosa es Holanda!" Todos se rieron á énos los holandeses.

"Vamos, capitán" —dijo, reanudando la conversación, un vejete belga, una de esas cariatides de café que meten la política en todos los agujeros:—"todos los países tienen bueno y malo y nosotros, los belgas y los holandeses, debiéramos habernos persuadido de esa verdad y repartirlos, para vivir en amor y compañía. ¡Cuando se piensa que ahora formaríamos un estadito de nueve millones de habitantes, nosotros con nuestras industrias, vosotros con vuestro comercio, con dos capitales como Amsterdam y Bruselas, y dos ciudades comerciales como Amberes y Rotterdam! Ya se nos tendría en cuenta en el mundo, ¿verdad capitán?"

El capitán no contestó. Otro holandés, dijo: "¡Ya! con la guerra religiosa en casa doce meses al año."

El viejecillo belga—un poco desconcertado—siguió hablando en voz baja conmigo: "Esto es verdad, señor mio. Ha sido una tontería, especialmente por nuestra parte. Ya verá la Holanda; Amsterdam no es Bruselas, no en verdad, y el país es llano y todo lo fastidioso que darse puede; pero nos vence en lo tocante á prosperidad. Figúrese que gastan el florin, que vale dos pesetas y céntimos, como nosotros una peseta. Ya lo verá en las cuentas de las fondas. Son dos veces más ricos que nosotros. La culpa ha sido de Guillermo I, que quería hacer una Bélgica holandesa

y nos condujo al extremo. Ya debe saber cómo sucedieron las cosas...»

En el *Hollandsdiep* comenzamos á ver barcazas, barcos pequeños de pesca y algun buque mayor, procedente de *Hellewoetsluis*, gran puerto de mar, situado en la orilla derecha del brazo del *Mosa*, llamado *Haringvliet*, junto á la desembocadura, donde fondean con todos los buques de la carrera de las Indias. Cesó la lluvia, el cielo se serenó en parte, poco á poco y como de mala gana, y pronto las aguas y las orillas volvieron á tomar sus vivos y frescos colores, y volvimos á sentir el verano.

A poco rato llegamos cerca del pueblo de *Moerdijk*.

Allí se ve uno de los mayores puentes del mundo.

Es un puente de hierro, de milla y media de largo, sobre el cual pasa el ferro-carril que vá á *Dordrecht* y á *Rotterdam*. De lejos parece que son catorce enormes edificios en fila á través del rio, cada uno de los cuales es un arco altísimo de los catorce que cubren en forma de bóveda el camino por donde corren los trenes. Al pasar por encima—que pasé volviendo á *Holanda* pocos meses despues—no se ve más que cielo y agua, de tan grande como es el rio, y se experimenta un sentimiento casi de pavor, como si se estuviera sobre el mar, y cortado de pronto el puente, tuviese el

tren que caer de un momento á otro en el agua.

Volvimos á la izquierda, pasando por delante del puente, y enfilamos un angostísimo brazo del *Mosa*, llamado *Dordsche Kil*, con diques por ambos lados y que tiene más aspecto de canal que de rio. Aquella era ya la sétima vuelta que dábamos despues del paso de la frontera.

Al pasar por el *Dordsche Kil* comenzamos á ver en torno nuestro algo que nos anunciaba la proximidad de una gran ciudad. Largas hileras de árboles en las orillas, césped, casitas, canales á derecha é izquierda y mucho movimiento de embarcaciones. Notábase entre los pasajeros cierto movimiento y se oia decir aquí y allá:—*Dordrecht*—veremos á *Dordrecht*—y parecia que todos se preparaban para ver algun extraordinario espectáculo.

El espectáculo no se hizo esperar y fué en verdad extraordinario.

El buque dió la octava vuelta, á la derecha, y entró en el *Oude-Maas* ó viejo *Mosa*.

A los pocos minutos se vieron las primeras casas de los alrededores de la ciudad de *Dordrecht*.

Aquello fué como la aparicion repentina de *Holanda*, la satisfaccion instantanea de toda nuestra curiosidad, la revelacion de todos los misterios que nos atormentaban la imaginacion; fué como el despertar en un mundo nuevo.

Se veian por todas partes altísimos molinos de

viento que volteaban aspas; casitas esparcidas á lo largo de las orillas, de mil formas extrañas, de quintas, pabellones, kioskos, cabañas, capillas, teatritos, con los tejados encarnados, las paredes negras, azules, color rosa y cenicientas, con contornos blancos como la nieve alrededor de las fachadas y de las puertas. En medio de las casas, canales y canalitos; delante de las casas y á lo largo de los canales, grupos y filas de árboles; embarcaciones entre casa y casa; barquichuelos delante de las puertas; velas en el fondo de las calles; antenas y gallardetes de buques y aspas de molino saliendo confusamente por encima de los árboles y detrás de los tejados; puentes, escalerillas, jardinillos sobre el agua, mil rincones, escondites, senos, embocaduras, cruces de canales, escondites de barquichuelos; un ir y venir de hombres, mujeres y niños del río á la orilla, de los canales á las casas, de los puentes á las gabarras; un espectáculo variado y lleno de movimiento; por todas partes agua, colores, cosas pequeñas, formas añidadas, todo brillante y fresco, una ingénuo ostentacion de juventud, una mezcla de primitivo y de teatral, de gracioso y de ridículo, un poco chino, un poco europeo, un poco de ningún país; todo con apariencia feliz de paz é inocencia.

Así se me apareció por primera vez Dordrecht, una de las más antiguas y al mismo tiempo de las más frescas y alegres ciudades de Holanda; reina

del comercio holandés en la Edad Media; madre fecunda de pintores y de sábios; honrada por la primera Asamblea de los Diputados de las provincias unidas, en el año 1572; sede en varias épocas de sínodos memorables; y particularmente famosa por aquella Asamblea de teólogos protestantes en 1618, que fué como el Concilio Eucuménico de la Reforma, y decidió la terrible controversia religiosa entre Arminianistas y Gomaristas, fijando la forma de la religion nacional y dando principio á aquella série de turbulencias y persecuciones, que terminó con el malhadado suplicio de Barnewelt y el sangriento triunfo de Mauricio de Orange. Dordrecht es aún, al presente, una de las más florecientes ciudades comerciales por su comunicacion con el mar, con Bélgica y con el interior de Holanda. A Dordrecht llegan las inmensas provisiones de madera que bajan por el Rhin de la Selva Negra y de Suiza, los vinos del Rhin, la cal, los cementos, las piedras; y en su pequeño puerto hay un vaiven continuo de velas, de nubes de humo y de banderolas, que le llevan los saludos de Arnhem, de Bois le Duc, de Nimega, de Rotterdam, de Amberes y de todas sus misteriosas hermanas de Zelanda.

El buque se detuvo pocos minutos en Dordrecht, y en aquellos pocos minutos, mirando las casas más próximas, ví mil cositas nuevas, inesperadas, enteramente holandesas, que me daban

tentaciones de desembarcar para tocarlas y conocerlas; pero vencí la curiosidad y me quedé á bordo pensando que habia de ver las mismas cosas y otras muchas más en Rotterdam. La embarcacion se puso en marcha, volvió á la izquierda (era la novena vuelta) y entró en un estrecho brazo del Mosa, llamado *De Noord*, uno de los mil hilos de la intrincada red de agua que cubre la Holanda meridional.

El capitan se acercó á mí, que le buscaba para rogarle que me explicase sobre el mapa la situacion de Dordrecht que, á simple vista, me parecia muy singular. En efecto, es singularísima. Dordrecht está situada en la extremidad de un pedazo de tierra, separado del continente, que forma una isla en medio de las tierras, en una encrucijada de rios, mitad hecha por la Naturaleza y mitad por el hombre; es una parte de Holanda, rodeada y aprisionada por las aguas, como un batallon prisionero de un ejército. Por un lado, lo cerca el rio Merwede; por otro, el viejo Mosa; por otro, el Dordsche Kil; por otro, el archipiélago de Bies-Bosch, atravesado por el nuevo Merwede, ancha corriente de agua formada por la mano del hombre. El aprisionamiento del espacio de tierra en que está Dordrecht, es un episodio de una de las grandes batallas de Holanda con el agua. El archipiélago de Bies-Bosch no existia antes del siglo XV, y se extendia en aquel sitio una hermosa llanura, sembrada de populosas po-

blaciones. En la noche del 18 de Noviembre de 1421, las aguas del Vaal y del Mosa rompieron los diques, destruyeron más de setenta pueblos, ahogaron casi cien mil habitantes y fraccionaron aquella llanura en más de cien islotes, dejando en pié, en medio de tantas ruinas, una sola torre, llamada casa *Merwede*, cuyos cimientos aún se ven hoy. Así fué separada Dordrecht del continente y apareció sobre la tierra el archipiélago de Bies-Bosch, el cual, tan solo para mostrar que tiene alguna razon para existir, surte de heno, de cañas y de juncos á una pequeña aldea que se formó como un nido de golondrinas sobre uno de los diques circunstantes. Pero no es esto lo único singular que hay en la historia de Dordrecht. La tradicion cuenta, muchos creen y alguno sostiene, que Dordrecht, toda la ciudad de Dordrecht—entiéndase bien—con sus casas, con sus molinos, con sus canales, dió, en la época de aquella inundacion, un breve paseo; esto es, que se trasladó de raíz de un sitio á otro, como el campamento de un ejército, y que, por consiguiente, los habitantes de los pueblos vecinos que se dirigieron á la ciudad despues de la catástrofe, no la encontraron, y se quedaron como cualquiera puede figurarse. Este milagro lo explican por el hecho de que Dordrecht está fundada en un estrato de arcilla, y este estrato de arcilla se deslizó sobre la masa de turba que forma la base del suelo. Lo escribo aquí tal como lo he oido decir.

Antes de salir del canal de Noord, mi esperanza de ver la primera puesta del sol en Holanda, fué turbada por otro imprevisto cambio de tiempo. El cielo se oscureció, las aguas se pusieron lívidas y el horizonte desapareció detrás de un espeso velo de vapores.

El barco entró en el Mosa y dió la décima vuelta á la izquierda.

En aquel punto, el Mosa, que arrastra prisioneras consigo las aguas del principal brazo del Rhin, el Vaal, y recibe las del Leck y del Issel, es muy ancho y sus orillas están bordeadas por filas de árboles y llenas de casas, fábricas, talleres y arsenales, que son más numerosos según se acerca Rotterdam. Por poco que se conozca la historia física de Holanda, la primera vez que se ve el Mosa y se piensa en los desbordamientos memorables, en las devastaciones, en las transformaciones, en las mil calamidades y en las infinitas víctimas de aquel río caprichoso y terrible, se le mira con una especie de curiosidad inquieta—como se miraría á un ladrón famoso—y se vuelven los ojos á los diques con satisfacción y gratitud, como al ver pasar un salteador maniatado se vuelven los ojos á los guardias civiles. Mientras yo comenzaba á buscar á Rotterdam con los ojos, un pasajero holandés contaba que, cuando el Mosa está helado, la corriente que viene de los países menos fríos, ataca á la capa de hielo que cubre el río, la destroza,

levanta con terrible estrépito masas enormes, las arroja contra los diques, y se forman descomunales montones que detienen las aguas y las hacen desbordar. Entonces se verifica una batalla extraña. A las amenazas del Mosa responden los holandeses con el fuego. Acude la artillería, y á fuerza de descargas de metralla, resuelve en una tempestad de pedazos y en una lluvia de briznas, las torres y las barricadas de hielo que se oponen á la corriente. «Es un fastidio—añadió el pasajero—que solamente nosotros, los holandeses, tengamos que tomar los ríos á cañonazos.»

Cuando llegamos á la vista de Rotterdam, oscurecía y lloviznaba; así es, que apenas ví como á través de un velo, una inmensa confusión de embarcaciones, de casas, de molinos de viento, de torres, de árboles, de gente en movimiento sobre los puentes y sobre los diques; luces por todas partes; una gran ciudad de aspecto nunca visto antes y que la oscuridad y la niebla me ocultaron bien pronto. Cuando me despedí de mis compañeros de viaje, y tuve puesto en orden mi equipaje, era ya de noche. «Tanto mejor—dije subiendo en un carruaje—veré por primera vez una ciudad holandesa de noche, que debe ser un espectáculo nuevo.» Efectivamente; cuando Bismarck estuvo en Rotterdam, escribió á su mujer que veía de noche fantasmas por los tejados.